

—Debemos entender que los recién casados —propuso con voz convincente—, necesitan disfrutar de su esplendorosa luna de miel. Pidamos la cuenta... Nosotros invitamos a los recién casados.

Llevaron la cuenta. Nadie tomó una copa más. Ellos se dividieron la cantidad a pagar. El mesero regresó con el cambio; nos levantamos, caminamos lentamente a la entrada del restaurante. Nos despedimos, nos comprometimos a otro encuentro en fecha posterior. Conmigo fueron amables, me trataron de manera lisonjera, me hicieron sentir importante. Faride, en actitud simulada me dijo al oído: “Cuenta conmigo, seremos buenas amigas, te buscaré, ya verás”. Me inspiró confianza, presentía que iba a necesitar de sus consejos. Era guapa, inteligente, firme de carácter, con experiencia en cuestiones del amor y del manejo de los sentimientos de los hombres.

Juntas fuimos al baño. Mientras repintábamos nuestros labios frente al espejo con marco dorado y con figuras angelicales en alto relieve, me susurró mirándome a los ojos: “Tienes que aprender a controlar tus sentimientos, a manejar tus problemas conyugales con astucia e inteligencia. Tienes que manipular a los hombres, así sea tu marido”. En ese momento no entendí del todo que me quería decir, pero me dio la fortaleza que yo necesitaba. Nuestra amistad duró años.

CAPÍTULO 11

De regreso al hotel, pude disfrutar el ambiente nocturno de aquella ciudad: marquesinas y letreros multicolores anunciando todo tipo de negocios. Mucha gente en las calles disfrutando el ambiente festivo de Acapulco. Bladimir estaba de buen ánimo, pero noté cierta indiferencia para conmigo; no se portaba cariñoso. No logré esclarecer por qué esa singular actitud. Mientras nosotros nos divertíamos, Sirvenda permaneció en el auto. Tuvo tiempo para dormir un rato. Viajaba en el asiento delantero; en su cara llevaba dibujado un extraño rictus.

Llegamos al hotel, Sirvenda fue la primera en bajar, por instantes permaneció en la banqueta. Cuando entramos al hotel, frente a la recepción, Bladimir me dijo:

—Zalia: a tu habitación te va a acompañar Sirvenda, se quedará en la de al lado, estará pendiente de todo lo que se te ofrezca; en un momento regresará el chofer, Sirvenda sabe cómo localizarlo por si requieres algo —concluyó la frase con esas palabras que parecían extraídas de la parte más fría de la tierra. No daba crédito a lo que acababa de escuchar.

Esperaba sorpresas pero no de ese tamaño. ¿De qué se trataba? ¿Qué era eso? ¿Por qué me ocurría a mí? No tenía capacidad para entender lo que me estaba aconteciendo. Todo en mi cabecita era brumoso. Me sentí humillada, utilizada, herida, reducida a un

simple objeto. Toda la noche sequé lágrimas. El sueño me vencía, dormía a ratos. “Algo me está cobrando la vida”, pensaba. Me sentía culpable hasta de lo que no había hecho. Durante la noche salí al balcón para serenarme y mirar fijamente el horizonte. ¿Dónde estarían esas mismas aguas en el momento de la ceremonia nupcial? En ese momento recordé que a mi madre le encantaba la canción *El mar*.

Debía ser fuerte. No podía quebrantarme, provocaría gran daño a mis padres que tanto agradecimiento consagraban al misterioso Bladimir.

El día amaneció nebuloso. A las ocho y media de la mañana escuché el ruido de un helicóptero que por segunda vez pasaba rasante por la playa, como buscando algo. Sirvenda llegó a mi habitación, me comentó que estaba arreglada desde las siete por si la llamaba.

El botones del hotel dio tres golpecillos que en la puerta, la abrí, vi que cargaba un arreglo floral más vistoso que el anterior. Le pedí que entrara y las colocara sobre el tocador. Esperaba que las flores llevaran la claridad que me permitiera saber qué ocurría. Sirvenda celebró la cortesía de Bladimir.

—Patrona —exclamó la trabajadora—, qué detalle de su señor esposo... ¡Están hermosas! Son naturales —remató.

Mi futura confidente estaba más emocionada que yo. Lo hacía para contagiarme de su aparente alegría, le preocupaba mi inocultable sufrimiento. Fingí agrado.

—Sirvenda, ¿qué pasa con mi marido? —le pregunté sin meditarlo.

—Yo qué le puedo decir a usted, la verdad no sé qué pasa con el patrón. Le confieso, aquí entre nos, que nos tiene prohibido hablar de él y de su familia; nos castigan si se enteran que hablamos de ellos... discúlpeme... de veras. Sé que usted me entiende... perdóneme, no me gustaría que me separaran de usted... es una gran mujer.

—No te preocupes, Sirvenda, lo entiendo, quiero que sigas a mi lado.

Así concluí la conversación sobre el asunto que más me importaba en ese momento. Saqué el arreglo floral al balcón para que le diera la brisa del mar. Además, me servirían como una inanimada compañía. Las observé un rato, voltee a la bahía, entré, me detuve frente al espejo del tocador, me acomodé el cabello. Antes de moverme de ese lugar sonó el teléfono, emocionada levanté el auricular, escuché una voz que identifiqué inmediatamente... ¡Bladimir!

—Hola, guapa.

¿Te gustaron las flores?

—Sí, mucho. Son realmente hermosas, buen gusto el tuyo —le contesté, no supe qué más decir.

Estuve a punto de preguntarle qué razón había que le impidiera acudir a nuestra habitación. Lo medité, decidí hacerlo en el transcurso de ese día; lo haría, no podía seguir con esa incertidumbre.

—¿Estás de acuerdo que en una hora te vea el chofer en la recepción? Un matrimonio de amigos míos nos invitan a desayunar en su yate. Ya sabrás qué ropa ponerte.

—Por supuesto que sí, Bladimir, estaré abajo en una hora, sin falta. Al terminar la frase colgué.

Debía prepararme para conocer la sorpresa del día. Me di a la tarea de escoger la vestimenta; debía armonizar con el mar, el yate, el sol, la fiesta.

Una hora después abordamos el auto. Emprendimos la marcha a dónde me estaría esperando mi esposo. Llegamos, él estaba parado en la entrada de un café de franquicia norteamericana; lo acompañaba un varón de aspecto europeo: tez blanca, cara afilada, pelo rubio, ojos claros, bigote recortado al estilo Clark Gable; vestía pantalón blanco y camisa de lino roja. Me dio la impresión de ser un tipo caballeroso. Se despidió de Bladimir, volteó su mirada hacia el auto, yo permanecía dentro, se despidió de mí agitando pausadamente su mano derecha; sonrió sin despegar sus labios.

Salimos rumbo a donde nos esperaba el yate con los amigos de mi marido. Nos detuvimos en el camino a comprar un helado que se me antojó, me lo comí en el trayecto. Nos bajamos del coche al iniciar el muelle donde estaba atracada la embarcación. En la cubierta, de pié y tomados de la mano, nos esperaban los anfitriones. En cuanto nos vieron se mostraron efusivos; dijeron estar complacidos con nuestra visita. Él, de playera roja con rayas azules en la parte inferior, bermudas color blanco; zapatos rojos de lona. Ella, con bermudas del mismo color de las de su pareja; blusa manga corta con rayas horizontales azules y blancas, con moño en el cuello estilo marinero. Fui la primera en abordar. El hombre me extendió su mano para sujetar la mía, subí al barco sin perder el equilibrio. Detrás de mí caminaba Bladimir. Los anfitriones me llamaron por mi nombre sin haberme presentado todavía.

—Bienvenida Zalia. Mi nombre es Pepe Collado, ella es Marina, mi esposa; su padre fue uno de los mejores marinos de la US Navy de los Estados Unidos. ¿Entienden el porqué de su nombre, verdad...?

—No les digo mi nombre porque ya lo saben, lo cual me halaga y me distingue — les dije en tono de agradecimiento.

Ambos eran encantadores y educados. Sus ademanes eran estudiados y correctamente aplicados como los de la gente de la alta sociedad. La pareja que estaba

frente a mis ojos parecían actores de películas. Recordé la novela *El Gran Gatsby*, y la película que posteriormente vi. Me hicieron sentir importante. Los temas los orientaban ellos. Conmigo fueron didácticos, no me preguntaban nada que pusiera en aprietos mis conocimientos. Disfrutaba su plática. Intenté ayudar a servir los alimentos, no lo permitieron, dijeron que yo era una invitada distinguida. El yate, el mar, música de la época, no podía pedir más. Había mar, naturaleza, gente hermosa, sabores, olores, un marido sociable, movimientos acompasados de la embarcación... Todo para olvidarse de cualquier quejumbre. Lamentablemente, como la borrachera, después de la euforia, la resaca.

Similares escenarios en cada una de las reuniones o fiestas a las que asistíamos como pareja de recién casados... ¡Felices ante los demás! Tenía que acostumbrarme a eso. Así estaba escrito en el libro de mi vida. Tenía la esperanza que al tomar posesión de nuestro hogar las cosas fueran diferentes. Esperaba que Bladimir se comportara conmigo como cualquier marido con su mujer.

A pesar de todo, mi luna de miel me dejó gratos recuerdos, están en mi mente como frescas gotas de rocío en la flor de la mañana.

Así transcurrió una semana. Gente diferente cada día. Escuché historias contadas con tanta gracia que me montaron en un tour por el mundo. Los amigos de mi marido eran personas de dinero, de esas de *Clase mundial*. Sus relatos eran entretenidos, los recuerdo.

Sin embargo, ese mundo de fantasía era insuficiente para superar la más miserable de las humillaciones. No haberme tocado en los días de recién casados ocasionó una de las heridas más profundas en mi ego. Nada más que simulación.

El día anterior a nuestro regreso a la ciudad de México, Bladimir envió a Papantla el auto que me obsequió en uno de nuestros encuentros. Por teléfono, personalmente mi marido llamó a una empresa de autos para contratar los servicios de un vehículo con chofer, de los que van a cualquier parte del País.

EN LA SALA DEL AEROPUERTO de la ciudad de México nos esperaba la persona que manejaría el vehículo de México a Papantla. Bladimir le dio los comprobantes para recoger las dos maletas; el resto del equipaje se fue en el auto que salió al pueblo. Caminamos al estacionamiento donde estaba el coche. El chofer tenía uniforme de la empresa. Según Bladimir, así debían vestir los choferes de la gente rica. Mientras el chofer colocaba las maletas en el auto, nosotros lo abordábamos. En las puertas delanteras tenía dibujado un avión estilizado color azul con la cauda roja, y en negro el nombre de la empresa. El chofer era bajo de estatura, pelo rizado; de trato amable.

Antes de emprender nuestro viaje al pueblo, pasamos a comer cabrito asado en un restaurante del centro de la ciudad. Nunca había probado esa carne, me gustó. Bladimir me explicó que la salsa era importante para el sabor.

Tiempo después, en otro viaje al Distrito Federal, propuse que comiéramos en el mismo restaurante. A mis amistades recomendaba ese lugar cuando desearan comer algo diferente. En ocasiones, mi marido mandaba traer al jefe de cocina para sugerirle alguna preparación especial de los guisos preferidos de mi marido. Ese tipo de detalles me sorprendían, más no me motivaban.

Recuerdo esa vez no alcancé a comer toda la porción, el resto lo pedí para llevar. Abordamos el vehículo para concluir nuestro viaje en Papantla, donde llegamos horas después. Arribamos a la casa que sería nuestro hogar.

Durante nuestra ausencia por el viaje de *Luna de Miel*, la pintaron toda. Renovaron el mobiliario, hicieron otros arreglos que le daban confort a nuestro hogar. Se había impuesto el gusto de la mamá de Bladimir. Celebré la decisión de no vivir con la suegra; siempre hay problemas cuando se comparten espacios con las mamás de los maridos. Recorrí toda la casa; el estilo era colonial. Ventanas grandes. Una fuente semicircular incrustada en la pared adornaba el traspatio. Dentro había una cabeza de animal mítico de ojos saltones; de su hocico salía un constante chorro de agua que llegaba por gravedad.

En el lado derecho del jardín estaba un porche rodeado de plantas florales. Enfrente, dos bancas de acero. En el fondo, un árbol del que colgaba una jaula abierta donde llegaban chachalacas a comer lo que se les colocaba: frutos, hojas tiernas y semillas. Me informaron que diariamente llegaban cinco o seis. Cuando estaban en celo armaban el griterío. Macetas con helechos que colgaban adornaban los balcones.

En la sala me detuve unos instantes para observar la decoración. El reproductor de música tocaba una canción que le gustaba a mamá. ¿Quién investigó sus gustos?, pensé.

—Esa canción la escuchaba mamá cuando era soltera —le comenté a Bladimir que se encontraba a mi lado.

—Por eso la pusieron, era una de las preferidas de tu mamá —me contestó el hombre con voz categórica.

—De cualquier manera gracias, Bladimir —le respondí en el mismo tono.

—En cuestión de gustos, mi mamá y yo somos lo mismo —agregué.

¿Por qué no pusieron alguna de las canciones de mis gustos, en lugar de atender los gustos de mi madre? Cualquier otro marido lo hubiera hecho. No ocurrió conmigo. Otra sorpresa.

Me encontré con Sirvenda, detuvo sus pasos para comentarme algo, pero en ese momento recordó que había reglas para los criados. Se limitó a una leve reverencia de agrado por el reencuentro. Hubiese deseado darle un beso en la mejilla, me abstuve para no perjudicarla, mi marido estaba cerca. En seguida le ordenó a Sirvenda que me guiara a mi recámara. Solícita acató la indicación de su patrón. ¡Se repetía la maldita historia de la luna de miel!

Sirvenda caminó delante de mí hasta llegar a la que sería mi alcoba. No me asignaron la que tenía balcón a la calle.

—Señora, sus cosas las que trajimos de Acapulco, están acomodadas en el lugar que consideré les corresponde, usted me indica si le ayudo a hacer algún cambio.

—No, Sirvenda, mucho has hecho para que yo me sienta a gusto, así está bien. En los roperos de mi recámara ¡no estaba la ropa de Bladimir! Otra vez la misma canción. ¿Por qué se había casado conmigo? ¿Por qué...? Mis ojos recorrieron toda la habitación tratando de encontrar algo que me diera la respuesta. Caminé de aquí para allá y de allá para acá. Me acerqué a la puerta, le puse pasador para que nadie entrara y me viera llorar. Estaba decidida a comentarle a mi mamá lo que estaba pasando; lo haría en la primera oportunidad. Ella me explicaría lo que yo no alcanzaba a intuir. Encontraría en sus palabras la respuesta que afanosamente yo buscaba. ¡Sí, así sería! Pensar eso me consoló. En la habitación no estaba su ropa, ni zapatos, tampoco las joyas. Me obligaba a pensar que tampoco dormiríamos juntos... ¡Terrible! ¡Qué ofensa a mi decoro de mujer! Me tiré sobre el sofá, en la mano tenía un pañuelo para secar mis lágrimas. De pronto, alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy yo, Sirvenda, le tengo un recado... ¿Puedo entrar?

—Permíteme un momento, Sirvenda, ahora abro.

—Le va a alegrar lo que le voy a decir: vendrán sus papás a visitarlos ¿Cómo ve? ¿Verdad que es buena noticia?

—Qué buena noticia me has dado, Sirvenda, sabes las ganas que tenía de verlos.

—Va a haber una cena con música y toda la cosa —me interrumpió emocionada—, aquí nos encargamos de todo, el patrón así nos instruyó... pero no le vaya usted a decir que le dije, ya se imagina lo que pasaría conmigo si sabe que ando de lengua larga. Será pasado mañana.

—No te preocupes, Sirvenda, jamás te descubriré, acuérdate que entre nosotras hay un pacto cómplice. Estas palabras le dieron a mi asistente la confianza para platicarme cosas que de otra manera jamás me hubiera enterado.

Fui descubriendo que Bladimir era un personaje temido en toda la región, aunque su aspecto y trato lo hacían parecer lo contrario: bueno, generoso, noble de sentimientos.

—¿Y qué debo hacer, Sirvenda?

—Arreglarse bonita, que poco necesita, pero primero descanse como Dios manda y luego a alistarse para la fiesta.

—Una pregunta, Sirvenda...

—Si la sé confíe que se la voy a contestar.

—¿Dónde se va a quedar mi marido? ¿Dónde va a dormir?

—En su cuarto, ahí están sus cosas, ahí le acomodamos todo lo de él, así nos dijo y así lo hicimos... Usted entiende...

—Comprendo que ustedes cumplen instrucciones, pero no intuyo lo demás.

—Usted es una niña muy hermosa y de buen espíritu, pero el destino es el que manda, y en éste pueblo el destino es don Bladimir. Sirvenda fue categórica con su comentario.

Las preguntas que yo le estaba haciendo a mi asistente la comprometían. Percibía que sabía más, pero no podía traspasar los límites que imponían sus temores estrictamente inculcados por la familia a la que servía. Las lágrimas estaban a punto de brotar de mis ojos, fueron disipadas por la noticia de la visita de mis padres a mi nuevo hogar. El inolvidable viaje, que jamás se me olvidará, esfumó mis fantasías.

Platicar con mis papás, principalmente con mi mamá, podría aclarar las dudas que de manera abrumadora me habían revoloteado dentro de mi cabecita durante las últimas semanas. En mi habitación, con la soledad que me había concedido el destino. Me entretuve revisando lo que había comprado en Acapulco. Fue hasta ese momento que caí en cuenta que la ropa que compré era para clima cálido, como el de allá, no para el de mi pueblo cuyo clima era templado, y en ciertas épocas del año, frío. No eran pocas las cosas que había adquirido. Podría ponerme esa ropa sin repetir durante varias semanas. Coloqué en mi muñeca y cuello las pulseras, collares y reloj que mi marido me había regalado. Me vi varias veces en el espejo.

LLEGÓ EL DÍA DE LA REUNIÓN con mis papás. Se acercaba la hora. Mis nervios se apoderaron de todo mi ser. No quería imaginar el tópico de la plática. Segura estaba que Bladimir impondría los temas. Yo debía buscar la oportunidad para hablar a solas con mi mamá. Debía tener cuidado que no pareciera que me estaba secreteando con ella, no daríamos margen a las suspicacias. Las horas pasaban lentas, a cada rato miraba mi reloj de pulso, parecía que las manecillas se habían detenido. Debía poner mi mejor cara. En mi rostro no debía haber alguna expresión que revelara decepción.

A las siete de la noche estaba lista. Me puse uno de los vestidos nuevos, era de tirantes; Coloqué sobre mis hombros un paño de seda. Después de varios días en aquel cálido lugar, en Papantla sentía frío. A las siete y media de la noche bajé a la sala, me encontré con Sirvenda, me propuso que fuéramos al pequeño salón. Cruzamos el jardín, entramos; todo estaba listo. Los músicos, que eran dos, afinaban sus instrumentos. El servicio de la comida lo darían dos meseros. El olor a los guisos inundaba el ambiente. Las parrillas los mantenían calientes. La mesa para los cuatro era rectangular.

Una vez visto esto regresé por la misma puerta por donde entré. Me dirigí paso a paso a la sala. Me disponía a sentarme cuando escuché la voz de mi marido.

—Buenas noches amor, te ves muy guapa —me dijo con voz tierna.

—Muchas gracias Bladimir, aprecio tus palabras.

Por primera vez salían de su boca palabras románticas; sonaron bien a mis oídos. Entró con dos cajas pequeñas envueltas para regalo en una mano, y en la otra, solo una; las colocó en una mesita que estaba pegada a la pared, quedaban a la vista de todos.

—Las dos azules son para tu papá y las de moño rosa para tu mamá, ya ves que yo los quiero mucho —me aseguró.

—¿Podría saber qué contienen? —le pregunté motivada por la curiosidad.

—Que sea sorpresa para todos. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto que estoy de acuerdo —le respondí sonriente.

Mis papás llegaron en punto de las ocho de la noche. No pude contener mi ímpetu de hija preferida, me abalancé a abrazar a mi mamá, luego a papá. Bladimir saludó a mamá y luego a papá.

—Te ves hermosa y feliz, hija —expresó mi papá.

—Así es, padre, estás en lo cierto —le contesté—. Traté que mis palabras les produjeran la emoción que ellos deseaban sentir.

Bladimir y yo condujimos a mis papás al lugar de la cena. En la puerta nos detuvimos para que ellos entraran primero, después yo, mi marido al final. El mesero, con discreto ademán, indicó a mi madre que debía sentarse en la silla que con sus manos retiraba un poco de la mesa. En cuanto mamá se colocó en posición de sentarse cuidadosamente empujó la silla hacia la mesa; se sentó. Con ánimo caballeroso, Bladimir hizo lo mismo conmigo.

Nos sentamos, el mesero tomó las servilletas blancas que estaban colocadas dentro de las copas, con hábil giro de la mano deshizo la figura que semejava una flor, las colocaron sobre nuestras piernas. Con movimientos medidos sirvieron el vino rojo... Cenaríamos carnes rojas al carbón.

Una vez depositado el vino en las copas, Bladimir levantó la suya a la altura de su boca, lo imitamos, con voz pausada y suave dijo:

—Éste primer brindis que sea por la dicha de ustedes, queridos suegros, a quienes deseo larga vida pletórica de salud y dinero para mantenerla —reímos—; y mucho bienestar. Brindemos también para que Zalia, mi adorada esposa, que ustedes cuidaron con tanto esmero y amor, alcance la felicidad que tanto merece y ambiciona... ¡Salud!

Hacía enormes esfuerzos para que mi cara no expresara el pasmo desde la primera noche en Acapulco. Dentro tenía atrapado lo que deseaba decirle a mamá, no hacerlo me lastimaría. Sentía mariposas negras girando alrededor de mi cabeza.

Debía esperar a que Bladimir consumiera al menos dos copas más para que no sospechara de la plática secreta con mi “santa” madre. Pero mi desilusión venía cuando recordaba que él tomaba poco, y en ocasiones nada.

Como buen conversador, Bladimir platicaba a detalle lo vivido en los días que pasamos en aquel lugar Pacífico. Por supuesto que en la charla no incluyó que no dormíamos en la misma habitación, creo que ni en el mismo hotel; se lo calló. Mientras platicaba me tomaba la mano, me veía amorosamente.

Tenía que comentarle a mamá la situación que hasta ese momento estaba viviendo con mi marido, era mi oportunidad. Deseaba hacer el comentario pero algo me detenía. Flaqueaba, temía que a mi mamá no le gustara, o que no le pareciera creíble.

El momento se presentó justo cuando decidimos ir al baño. Nos hicimos señas, nos levantamos a la vez, juntas caminamos al baño que estaba afuera del salón. Qué mejor oportunidad de estar fuera de la vista de Bladimir y de la servidumbre, sin dudarlo estarían prestos a hacerle cualquier comentario a mi marido de lo que escucharan. Apenas cruzamos la puerta le dije a mi mamá:

—Mami, deseo hacerte una pregunta.

—Sí, hija, dime —contestó mi madre lista para escuchar. Titubeante agregue:

—Es sobre una extraña actitud de Bladimir...

—Sobre su comportamiento, ¿verdad? —atajó mi mamá.

—Sí, mami, sobre su comportamiento.

—Ay, hija, no te preocupes, debes entender que él es mayor que tú, hará cosas que a ti te parezcan extrañas; debes tomar en cuenta que la experiencia de él es mayor que la tuya. Por el momento muchas cosas te parecerán inexplicables. Te irás acostumbrando e irás aprendiendo de él, hija.

Hubiese deseado escuchar otras palabras. Lo que había percibido no sabía cómo tomarlo: como consuelo, o pocos deseos de escuchar algo contrario a la percepción que ellos tenían de Bladimir. Para concluir el tema mi mamá comentó:

—La verdad, hija, no pudiste haber encontrado mejor marido que él. Aprende a quererlo, a comprenderlo y a apoyarlo, así deben ser los matrimonios para que duren toda la vida.

—Sí, mamá, tienes toda la razón.

Simulé agrado por su comentario. Tenía que darle seguridad a mi mamá que su consejo me había convencido, que tenía la razón. Para reafirmar lo dicho agregó:

—No pudiste haber encontrado mejor partido para ti, hija... es buen hombre, todos lo aprecian... él te quiere, nos lo ha dicho; es sincero, ya lo irás conociendo...

No debía poner en duda las palabras de mi mamá, tenía más experiencia que yo. No dejaba de ser una opinión que yo debía acatar. Renacía la esperanza que las cosas cambiaran y me trajeran la felicidad que hasta ese momento la vida me había regateado. Mamá regresó a la mesa con la seguridad que la recomendación a su hija había sido la mejor. Reconocí que dijo lo que toda madre debía decir a su hija. No la culpo de nada. Las palabras salieron de su corazón y de su cabeza.

Bladimir comentó en la mesa que durante la luna de miel estuvo emocionado, “Me sentí realizado”. No terminaba de pronunciar esas palabras cuando mis papás, al mismo tiempo, dirigieron su mirada hacia mí, los dos sonreían. Yo también sonreí para complacerlos.

La reunión transcurrió entre historias y chistes, contados como a Bladimir le convenía. Mi marido tomó cuatro copas. Tiempo después alguien me dijo que solo tomaba licor con sus amigos más íntimos. En mi fiesta de quince años creo que se tomó dos copas, se las contó papá.

Dio la una de la mañana, mis papás agradecieron la invitación a la cena.

Nos levantamos, Bladimir tomó las manos de mi mamá, la miró a los ojos, acercó su cara al oído, algo le dijo en voz baja. Mamá sonrió, sus ojos resplandecieron. Nos movimos del lugar, cruzamos la casa, nos dirigimos a la puerta. Salimos a la calle, nos despedimos, abracé a mamá, luego a papá. Bladimir les abrió la puerta de la camioneta, su suegra subió, papá lo hizo por el otro lado; se puso al volante, arrancó el vehículo, lo puso en movimiento. Dimos media vuelta, entramos a la casa. Se desvaneció la esperanza de que alguien me escuchara. Bladimir me acompañó hasta la escalera que daba al segundo piso, me dio un beso en la mejilla izquierda, me deseó buenas noches, se retiró a su recámara. Sola entré a mi habitación, sola permanecí. Más desconcierto.

Esa noche fue igual a las anteriores. Mis ojos recorrían paredes y techo, mi desordenada mirada tocó todos los objetos. Encendí la televisión, vi una película de Al Pacino.

Me quedé dormida por ahí de las tres y media de la mañana. La noche estaba más fría que fresca, me cubrí con la sábana y una cobija. Desperté hasta a las diez de la mañana; tenía hambre y sed. Cinco minutos después de haber despertado alguien llamó a la puerta con suaves golpecillos.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy Sirvenda, le traigo su desayuno, está usted desveladita y debe tener apetito —exclamó.

—Pásale, la puerta está sin pasador.

Con ambas manos sostenía una brillante charola de plata con fruta, café de olla, pan dulce, jugo de naranja y un sándwich. Colocó lo que traía en una mesa pequeña donde había una silla, ahí desayunaría.

—Gracias, Sirvenda, me procuras y me comprendes —le dije en tono de agradecimiento.

—Yo también la aprecio mucho, patrona —balbuceó.

Una semana después también me llevó el desayuno al cuarto. Me había desvelado por convivir con unos amigos de mi marido que venían de El Paso Texas. Se fueron como a las tres de la mañana. Se quedaron en la casa que la familia de mi marido tenía para los invitados. Era una casa antigua, de un piso; en el centro del patio había un pozo de agua transparente y pura que brotaba del subsuelo. De ahí se surtía la casa y unas caballerizas que estaban exactamente atrás de la vivienda, alquiladas por la mamá de mi marido a unas personas de Chiapas.

LOS DÍAS PASABAN, el infortunio crecía. Mi existencia se mojaba de frustración.

Un día, mi marido me avisó que al siguiente visitaríamos a unos compadres de su papá, fallecido antes que nos conociéramos. Ellos vivían en una hacienda no muy lejos del pueblo.

Convivimos con ellos gran parte del día, hablaron del papá, lo pintaron como una persona benevolente que ayudaba a todo el que lo necesitaba. “Era compadre de todo el mundo” comentaron. Ahí supe que la mamá de Bladimir era la que “llevaba los pantalones de la casa”. Comentaron que su carácter era fuerte pero certera en sus decisiones. Les agradó nuestra visita. Hicieron barbacoa de res que comimos con tortillas hechas a mano. Noté a Bladimir más cariñoso que de costumbre. Me parecieron buenos contadores de historias. Cada vez que mi marido tomaba la palabra me veía. Nuestras miradas chocaron en varias ocasiones, me llenaba de ilusión. Renacía la esperanza que la relación tomara el cauce correcto, el que yo esperaba.

Nos despedimos de los anfitriones, nos retiramos. Bladimir les dijo que la reunión nos había motivado tanto que la recordaríamos por años. Yo sí la recordé por años. Afuera nos esperaba el auto de mi marido con el chofer sentado al volante. Me llamó la atención que en esa ocasión el chofer no fuera quien abriera la puerta para que entrásemos al auto, como lo hacía en ocasiones anteriores. Esa noche mi marido se comportó diferente. Me tomó de la mano cuando salimos de la casa. Cruzamos la banqueta, se adelantó, extendió su mano derecha para jalar la manivela de la puerta trasera, la abrió, sin soltarme me ayudó a entrar. Quedamos uno junto al otro. Todo esto a la vista del matrimonio anfitrión que permanecían cerca del auto. Una vez dentro, el chofer encendió el motor, emprendimos el regreso.

—¿Cómo te sentiste en la fiesta? —me cuestionó Bladimir.

—Estuve muy contenta, bastante divertida —le respondí.

Comentó de las gentilezas de los señores y de su gracia de buenos anfitriones. Entre más nos acercábamos a nuestro hogar mi Corazón aceleraba sus latidos. Algo sucedería, lo adivinaba... Entramos a la casa, las luces estaban encendidas, no estaban los sirvientes, parecía todo planeado para crear la idea que estábamos solos.

Tomados de la mano caminamos hacia la escalera, subimos a paso lento, el último peldaño lo pisamos al mismo tiempo. Me miró a la cara, sonreía, nuestros pasos nos llevaron a mi recámara. Ese momento sería nuestro, nos pertenecía. Las puertas de mi habitación estaban abiertas, entramos sin pronunciar palabra, él propuso que rezáramos uno de los salmos de la Biblia. Después de esto empezó a despojarse de su ropa, la acomodó cuidadosamente sobre el sofá de mi recámara. Zapatos, camisa, pantalones, calcetines; se quedó con la camiseta y los calzoncillos puestos.

Vi su cuerpo semidesnudo, resaltaban sus pectorales y otros músculos. Era de figura atlética. Descubrí que en la cama era tímido, contrario como se mostraba en las reuniones.

Estaba nerviosa. Por primera vez estaríamos en intimidad. Ese momento quedaría por siempre grabado en mis recuerdos. Las emociones me invadieron. Tenía que comportarme como cualquier mujer que se entrega a su marido.

Fui al baño, me quité la ropa, me coloqué la bata semitransparente que compré en Acapulco, me lavé los dientes, regresé a la cama. Mi marido estaba cubierto por las sábanas. Antes de acostarme voltee a ver la imagen de Jesús crucificado, colgaba en la pared de la cabecera de la cama. Sobre el tocador estaba un ramo de flores con una tarjetita escrita que en ese momento no me interesó leer.

Era mi primera experiencia de amor. Temía conducirme con torpeza; segura estaba que Bladimir me comprendería. Estábamos juntos, en la misma cama, uno al lado del otro; intenté entablar un diálogo pero mi cerebro estaba vacío, sin ideas. A la vez temía

a algo que es natural pero desconocido para mí hasta ese momento. Él me quitó la bata, no lo hizo con la delicadeza que yo esperaba. Recordé lo que había visto en películas de amor.

Dos minutos después estaba bajo las sábanas, desnuda. Bladimir seguía con la ropa interior puesta, no se la había quitado; me extrañaba pero no me sorprendía por los extraños comportamientos anteriores. De pronto me envolvieron sensaciones que no se pueden explicar. Sentí el peso del hombre, jadeaba frente a mi cara, no hubo besos o caricias que salieran del corazón, tan esperados por la mujer amada.

Por mi falta de experiencia no podía juzgar la calidad de la relación que en ese momento nos envolvía. Él parecía tener prisa, todo ocurría de manera vertiginosa. El amor que debía existir en una relación de pareja, bajo las sábanas, estaba en otro lugar, no en la habitación donde nos encontrábamos. Confundida volteaba para todos lados. De mi boca no salían palabras, lo intentaba sin éxito, respiraba agitadamente. El desahogo de él fue fugaz, el mío ni siquiera tocó el techo de mi cuarto.

En un instante todo había concluido. La ilusión había quedado en el desencanto, en la frustración. No hubo más, no habría más, la decisión había sido unilateral, de una sola persona: él. No importé, yo existía como una cosa, como un objeto.

—¿Satisfecha? —Fue la hueca frase llena de egoísmo que de su boca salió. Me vi en la necesidad de mentirle recordando un comentario de alguien que padeció lo mismo.

—Sí, claro... mucho. Gracias, amor.

Otra vez pensé en comentárselo a mi mamá, pero regresaba a mi cabeza que ella tenía otra idea de Bladimir por los favores recibidos. A ellos les daba la otra cara, simulaba, mentía, fingía; su otro yo, el que mantenía oculto en su conciencia. Por supuesto que tampoco se lo podía contar a papá.

Al mes siguiente, lo mismo. Solo había una persona a la que le podía contar lo ocurrido con la seguridad que guardaría el secreto: Sirvenda. Cuando le dije de esa experiencia, movió la cabeza en desaprobación. “Y lo que falta señora... así será hasta que quede embarazada. Tiene interés en un hijo para que la gente no hable de más”.

La relación entre Benjamín y yo era de amigos pero sin la confianza que la amistad ofrece. Una tarde que Bladimir no se encontraba en el pueblo, en la cocina le pedí a Sirvenda que me visitara en mi cuarto media hora después, para platicarle algunas cosas. Movié la cabeza afirmativamente.

Cuando me alcanzó en mi habitación le pregunté por qué llevaba una franela y una cubeta con agua. En voz baja me contestó:

—Hay instrucciones de reportarle al patrón si platicamos con usted; así creerán que vengo a limpiarle el cuarto.

—Entiendo, no te preocupes, agradezco lo que haces por mí.

—Por usted estaría dispuesta a lo que viniera, a usted debo protegerla, usted es la que vale —me externó con arrojo.

—Sirvenda —le pregunté en tono dulce—, ¿le puedes decir a mis oídos algo que ansiosamente desean escuchar y que me lo destagues como mujer?

—Todo lo que usted me pregunte si lo sé le contestaré —me dijo convencida. Sus palabras me daban la confianza que en ese momento yo necesitaba.

—No te comprometeré, Sirvenda —le expresé en tono aclarativo para luego continuar—. Con tus palabras dime qué pasa con mi marido.

—No la quiere como pareja —me reveló Sirvenda—. Usted y su marido no serán como las parejas normales. No me pregunte el resto, no debo decirlo, hice un juramento ante él... no puedo faltar a mi promesa; fue antes de que usted fuera mi patrona, usted entiende...

—Sí, entiendo, Sirvenda, con eso me has dicho mucho, no hacen falta más palabras.

Las últimas palabras las dijo con notorio esfuerzo, como atajando el sentimiento. Agachó la cabeza para que no viera en sus ojos el pesar que le compartía. La respuesta había descorrido parte del velo de la historia de mi marido. Me sentía satisfecha por despejar las dudas, pero me sentía frustrada en mis ilusiones. El fuego de mi cuerpo quemaba mi corazón.

FUE UNA LÓBREGA mañana cuando corroboré que estaba embarazada, mi menstruación se había detenido; el médico confirmó mi embarazo. Mi estado de ánimo se elevó grandemente, le comenté a mis amigas y a mis primas; no cabía de gusto.

Pocas semanas después empecé a sentir sensaciones extrañas dentro de mi cuerpo; mi Corazón latía diferente, mis emociones chocaban entre sí. Las ilusiones volvieron a mí al pensar que serían compartidas con un ser diferente, pero mío. Rogué a Dios que me permitiera verlo nacer, sentirlo junto a mí, arrullarlo entre mis brazos, pegarlo a mi cuerpo. Alimentarlo, conversar con él. Todo eso le pedí a mi Dios.

Las visitas al médico fueron frecuentes. Bladimir me acompañó al médico solo en algunas ocasiones. Llamó mi atención que cuando mi marido se enteró de mi embarazo no desbordara de contento; sus emociones no lo invadieron. La noticia no lo perturbó. En cambio, cuando me enteré, por mis mejillas rodaron un par de lágrimas.

Tenía que preguntarle a Sirvenda por qué Bladimir se había portado así, necesitaba hacerlo cuando mi marido saliera de la casa, y tuviera la certeza que los otros criados no estuvieran cerca. Después de la primera visita al médico, pasaron dos semanas para

que yo pudiese platicar con Sirvenda. Debía ser cautelosa con mis preguntas. La mujer estaba aleccionada para serle leal a su patrón y discreta con lo que decía. El momento llegó.

—Sirvenda: ¿podrías explicarme por qué a mi marido no le emocionó saber que sería papá?

—Hay, señora, él no verá a sus hijos como cualquier padre —dijo esto, dio media vuelta, frente a la puerta se detuvo un instante, pensó decir algo, salió apresuradamente; con la mano derecha se acomodó el negro pelo. El comentario tenía varias interpretaciones.

Mi mamá me llamaba por teléfono varias veces al día. Su emoción era la de una madre a punto de convertirse en abuela. Yo intentaba compartir esa alegría.

En la medida que mi panza crecía, aumentaban las salidas de Bladimir. ¿A dónde iba...? Quién sabe. De los antojos no me preocupaba, Bladimir estaba al tanto por medio de sus criados. Todos tenían instrucciones de atenderme, bastaba mencionar lo que deseaba cuando ya lo tenía frente a mí.

Como el viento que pasa sin detenerse así pasaron siete meses de mi embarazo. Fueron una experiencia que jamás olvidaré. Mis amigas desfilaron por la casa. Caras alegres, palabras rebosantes de buenos deseos. Me visitaba gente que nunca había visto pero tenían relación con la familia. Los floreros fueron insuficientes. Se acostumbraba enviar flores a la madre que estaba por dar a luz. Los aromas inundaron la casa. A pesar de los ascos ninguno de esos olores me provocó desagrado. Gran parte del tiempo lo pasé en casa. Tuve amenaza de aborto, el doctor que me atendía me recomendó reposo. Acaté esa recomendación, quería que mi hijo naciera en las mejores condiciones. No podía arriesgarme.

EN EL OCTAVO MES de embarazo no podía moverme con facilidad. Me sentía agitada, me veía gorda... En mucho contribuyeron los chocolates con envolturas multicolores y moños hechos a mano. También comí dulces de todo tipo; unos, artesanales de exóticos sabores; otros, baratos pero sabrosos. Todo eso fue la principal causa de que subiera de peso. También influyeron los antojitos de la región. Ni modo, tenía que complacer mis deseos. Recibí muchos regalos para el bebé. Me visitó mi amiga Rossina, la hicieron pasar a mi recámara, me habían recomendado no bajar escaleras. Esa madrugada me despertó fuertes dolores de espalda. Rossina fue a mi habitación, cruzó la puerta, sonreía, me contagió su entusiasmo. Extendió sus brazos, hice lo mismo, nos abrazamos.

—Lloras de alegría, ¿verdad, amiga? —le pregunté esperando me contestara afirmativamente.

—Desgraciadamente no, bueno... sí.

Titubeó, deseaba decirme algo, se abstuvo. Enjugó sus lágrimas, su cara recobró su esplendor. Era una chica alegre, pero también se tornaba sentimental cuando algo alteraba sus emociones. Antes de iniciar nuestra conversación, que incluiría algunos pasajes de cuando estudiábamos juntas, le pregunté por su papá.

—Está bien, gracias. Desde hace ocho días anda por el Distrito Federal valorando si le conviene un trabajo que le ofrecen. Me dijo que le gustaría platicar contigo antes de partir.

—A mí también me gustaría saludarlo y platicar con él, será muy interesante. Le agradezco los consejos que me daba, jamás los olvidaré.

Platicamos durante dos horas y media. El tiempo pasó rápido. Quedamos de vernos poco antes del nacimiento de mi hijo. Nos despedimos con un prolongado abrazo. Nos queríamos mucho, era una buena amiga, coincidíamos en pensamientos y en gustos. Se retiró, me reconfortó su visita. Recordamos cuando tocábamos los timbres de las casas y nos echábamos a correr, y de un compañero que hizo lo mismo que nosotras, solo que cuando emprendió la huida no se percató de un tirante de poste y terminó montado en él. Salió la señora de la casa y lo tundió a escobazos.

Mi marido me invitaba a salir al parque, restaurantes o a la iglesia, los días que más personas nos pudieran ver: sábados, domingos y días festivos. Al verme embarazada la gente confirmaba que Benjamín sería papá. Yo me sentía complacida de presumir mi abultada panza. En el parque caminábamos tomados de la mano, dábamos vueltas a su alrededor cumpliendo con la tradición lugareña. En dos ocasiones fuimos a comer al mercado, nos tomaban fotos que posteriormente exhibirían como cualquier trofeo. Después del parque nos encaminábamos a la iglesia. Me gustaba verla repleta de fieles. Siempre había alguien que me ofrecía su lugar, mi estado movía la cortesía de la gente. Bladimir permanecía a mi lado. Durante el embarazo procuró que esa imagen se repitiera cuantas veces se podía. Mi marido no mandaba a nadie a que nos apartara lugar “para mantener nuestra imagen de personas humildes”.

Durante mi embarazo no necesité marido, me sentía acompañada por mi hijo. Mis molestias naturales me mantenían abstraída y sin deseos sensuales. Tuve muy presente lo que al inicio del embarazo me decían algunas mujeres: “Vas a ver cómo mientras estés embarazada vas a querer al marido, ¡pero lejos de ti!”. Lo comprobé.

El tiempo corría a la velocidad del agua del río. Toda mi atención estaba puesta en mi hijo que venía en camino. Debía nacer en las mejores condiciones. Todo acontecía sin contratiempos y sin sorpresas desagradables. Bladimir estuvo al pendiente de mi embarazo a través de sus empleados. De los chiqueos se encargaba Sirvenda, mi inseparable colaboradora y amiga, no importaba queuviésemos formación cultural

diferente; su disposición era suficiente para que yo mitigara mi sensación de enclaustramiento.

Mi mamá llevaba la cuenta de las semanas y los días del embarazo, y lo que faltaba para dar a luz. Mis ilusiones volaban sin límites; me imaginaba con mi hijo jugando, haciéndolo reír, tratándolo con ternura y brindándole todo el cariño del mundo.

TODO ESTABA PROGRAMADO para que aquella mañana me internaran en el hospital de Jesús, pintado de azul con blanco como otros que había conocido. Rodeado por un jardín con arbustos con formas de animales unos, y otros con figuras caprichosas. Desde que entré fui atendida con esmero; una atenta enfermera se hizo cargo de mí de principio a fin. Antes del parto, el médico que me asistiría platicó conmigo, me hizo algunas recomendaciones que debía cumplir después del parto. Poco después de las once de la mañana entré al quirófano. Exactamente a las doce del día estaba dando a luz al niño más hermoso de la tierra.

Después del alumbramiento, el médico, aún con los ropajes de cirujano, desde la puerta del quirófano informó a nuestras amistades y parientes que había nacido un niño; que ambos nos encontrábamos en perfecto estado de salud. Hubo gritos de júbilo. Ya era madre, tenía un poderoso motivo para vivir lo mejor posible. Trataría de no transmitir a mi hijo mis desilusiones y desconsuelos; debía crecer envuelto en amor. En camilla me sacaron del quirófano, me pasaron al cuarto de recuperación; tenía los efectos de la anestesia. Al bebé lo llevaron aparte. Todos querían verme y conocer a mi bebé.

En ese momento, con los dolores del parto y con los efectos secundarios de la anestesia, no me complacían las visitas. Quería estar sola con mi hijo; no lo conseguí.

Días después, en la tranquilidad de mi casa, traté de recordar a cada una de las personas que acudieron a conocer a mi hijo y a complacerse por mi buen estado de salud. Por meses recordé el característico olor a hospital.

Recibí arreglos florales, ropita para mi hijo, chocolates, juguetes, chupones con sabor... Hubo quienes llevaban solo una flor. A todos les correspondí con una sonrisa y palabras de agradecimiento. Lo hacían de corazón, era motivante.

Nadie más que la madre puede darse cuenta de la dicha que representa gestar una nueva vida, y poder verlo crecer y transformarse en un ser con vida propia y autonomía en sus ideas y pensamientos. Durante semanas seguí recibiendo visitas deseosas de conocer a mi hijo. No me daban tregua. Me sentía complacida.

Mi marido estuvo todo el tiempo en la habitación del hospital. Parecía el padre más amoroso de la tierra. Mi suegra contrató a un estilista para que me peinara en el hospital y después en mi casa. Cuando el peinador me iba a maquillar, Bladimir dijo

que no era necesario, “Ni que estuviera muerta”, señaló riéndose. De ese chascarrillo hicieron eco unas amigas que estaban ahí.

CAPÍTULO 12

Tres meses había cumplido mi hijo. Recibí unas visitas que para mí fueron la mayor sorpresa; no las esperaba. Jamás imaginé que me visitarían, no daba crédito de lo que veía. Era la mamá, la hermana y una prima de Paulo Emilio, mi difunto novio, con quien compartí la celebración de mis quince años. Cuando Sirvenda abrió la puerta dijeron que eran unas amistades que venían de “fuera”, para evitar suspicacias. Mi marido andaba de viaje. La empleada no me dio el nombre de las visitas, solamente me dijo que eran unas personas que venían de “fuera”. Las pasó a la sala. Acudí cinco minutos después. Estaban sentadas las tres en el sillón grande, mi ex suegra en medio de las dos chicas. Al verme se levantaron como catapultadas. La señora se abalanzó a mí con los brazos extendidos, nuestros cuerpos se unieron en apretado abrazo; imposible evitar el llanto contenido durante mucho tiempo.

—Hija, Zalia —me dijo con voz pausada por el sollozo—, era imperdonable no venir a verte, estuviste unida a nuestra familia, no lo olvidaremos jamás. Te queremos mucho. Al verte nos recuerdas a mi hijo.

Esas palabras me calaron hondo. Permanecimos abrazadas un momento. Las chicas también lloriqueaban. Nos separamos, saludé primero a mi ex cuñada y luego a la prima. Cada una me dio una flor blanca. Después de eso nos sentamos para iniciar la charla. Las sorpresas llegaban mientras avanzaba la conversación.

—Fíjate hija que hemos estado en contacto con una persona de aquí, del pueblo, te quiere mucho; es papá de una amiguita tuya. Por el cariño que te tiene y por un agravio anterior que por ahora no te contaré, se dio a la tarea de investigar lo que con mucha discreción deseo comentarte. A mi hijo lo mataron intencionalmente, no fue por cosas ni de mujeres de “mala nota” ni por un pleito de cantina o de borrachos. No, hija, fue por otra cosa. Fue porque a una persona le estorbaba. Me lo dijo con los ojos llenos de lágrimas.

No daba crédito a lo que me estaba comentando. Fui presa de conjeturas, pensé en muchas cosas menos en lo que en seguida me comentaría. El relato avanzaba, mis ojos se desorbitaban, no era cualquier cosa lo que escuchaba en esa reunión. Sin esperar más, para darle prisa a lo que las traía, continuó con el diálogo.

—Le pensamos mucho para decirte esto que vas a escuchar...Lo discutimos en familia, al principio las opiniones estaban divididas pero al final todos estuvimos de acuerdo; por tu propia seguridad. Te queremos mucho. A mi muchachito le diste